



CAPÍTULO DOS

¿ACEPTA LA LLAMADA?

Emmerich Himmelsbach estaba de pie frente al fregadero de la cocina quitándole las manchas de *stroganoff* a una pila de platos. Era la noche número ciento cuarenta y seis sucesiva que lavaba platos (no es que estuviera llevando la cuenta), y si su madre hablaba en serio cuando lo castigó, a Emmerich le quedaban alrededor de dos mil noches más por delante.

Hasta donde Fraulein Himmelsbach sabía, cinco meses atrás Emmerich había huido con un delincuente estadounidense para tener unos pocos días de diversión infantil. Cuando regresó, lo reprendieron, lo sermonearon, le quitaron

todos los privilegios y le asignaron la tarea de lavar platos hasta que tuviera la edad suficiente para irse de casa. Pero Emmerich pensaba que era un pequeño precio a pagar a cambio de haberse embarcado en lo que él consideraba *la mayor aventura de su vida*. Y el verdadero castigo era tener que mantener en total secreto la verdad de su excursión.

Emmerich pasaba cada momento de cada día pensando en las personas maravillosas que conoció y en los lugares increíbles que vio en el mundo de los cuentos de hadas. Deseaba con desesperación poder hablar con alguien acerca de sus aventuras, pero la única persona con la que podría rememorarlas vivía del otro lado del globo.

Ya había lavado la mitad de los platos del fregadero cuando el teléfono de la cocina comenzó a sonar. Emmerich no respondió al principio, ya que esperaba que su madre atendiera desde la habitación contigua. Después del séptimo timbre, el chico secó sus manos y alzó el teléfono.

-¿Hallo? -dijo.

-¿Emmerich Himmelsbach? -preguntó una mujer estadounidense.

-¿Ja? -respondió el joven alemán; le generaba curiosidad saber cómo esa extraña sabía su nombre.

-Tiene una llamada a cobro revertido de parte de la señorita Bree Campbell de Estados Unidos -anunció la operadora-. ¿Acepta la llamada?

Emmerich no comprendió totalmente lo que ella quería decir, pero si Bree estaba intentando contactarlo, supuso que lo mejor era aceptar.

-Supongo que sí -respondió él. Oyó un *clac* y luego una voz frenética, estresada pero familiar apareció en el teléfono.



–¿Emmerich? ¿Eres tú? –susurró Bree.

–¡Bree! Yo... eh... ¡estaba pensando en ti justo ahora!

–dijo Emmerich. Estaba tan entusiasmado por hablar con ella que apenas podía recordar en qué idioma hablar.

–Yo también he estado pensando en ti –murmuró ella.

–¿Por qué estás susurrando? ¿Estás bien?

–Estoy bien, pero no tengo mucho tiempo para hablar –respondió Bree–. Aquí todavía es la mañana. Estoy escondida en el armario del conserje en la escuela. Este fue el único lugar en donde pude encontrar privacidad. ¿Dónde estás? ¿Estás en un lugar seguro?

Emmerich miró a su alrededor en la cocina y se encogió de hombros.

–Sí, estoy a salvo.

–Bien –dijo Bree–. ¡He estado muriendo por hablar contigo! Mis padres me castigaron hasta que vaya a la universidad por fugarme del viaje escolar. Recién ahora los convencí para que me devolvieran mi teléfono móvil. Por cierto, gracias por aceptar el gasto de esta llamada: mis padres la habrían visto en nuestra cuenta telefónica si no lo hubieras hecho.

–Yo también he estado en problemas desde que regresamos –comentó Emmerich–. ¡Mi madre me ha obligado a lavar los platos todas las noches desde que volvimos! ¿Qué tan mal te fue?

Bree suspiró.

–Me tocaron platos, pasar la aspiradora, limpiar el patio y cualquier otra tarea agonizante que se les ocurra a mis padres –respondió ella–. Pero escúchame, ¡de veras tengo que hablar contigo acerca de algo! He estado pensando mucho en nuestro viaje al mundo de los cuentos de hadas...

–¡Yo tampoco dejo de pensar en ello! –afirmó Emmerich–.



No pasa un solo día sin que desee que pudiéramos regresar de algún modo a ese lugar.

-¡Siento lo mismo! -dijo Bree-. He extrañado tanto el mundo de los cuentos de hadas que comencé a elaborar un plan para regresar a Neuschwanstein y volver a viajar a través del portal.

-Desearía que fuera posible -replicó Emmerich-. Pero para activarlo, necesitaríamos a alguien de sangre mágica para que toque la flauta de pan... y no tenemos ninguna de esas dos cosas.

-Pensaba exactamente lo mismo -prosiguió Bree-. Así que comencé a pensar en otras maneras que quizás activarían el portal... Lo que me hizo pensar en el portal mismo, en cómo funcionaba y en todo lo que aprendimos acerca de él... Y ya sé que leo demasiadas novelas de misterio, *pero ¡creo que he descubierto un gran agujero en la historia que nos contaron!*

-¿Encontraste un agujero para ir al mundo de los cuentos de hadas? -preguntó Emmerich confundido.

-No, no es un agujero de verdad: es un agujero en la explicación que nos dieron. He estado pensando mucho acerca del portal a través del cual viajamos al mundo de los cuentos de hadas, y algo no cuadra.

-¿Qué cosa? -preguntó Emmerich.

-La Grande Armée estuvo atrapada en el mismo portal durante más de doscientos años -explicó Bree-. Así que esta es mi duda: si la Grande Armée estuvo atrapada durante tanto tiempo, ¿cómo logramos *nosotros* cruzar el portal tan rápido? ¿No deberíamos haber quedado atrapados en él durante la misma cantidad de tiempo que el general Marquis y sus hombres?



Emmerich cerró un ojo y frunció la frente mientras reflexionaba al respecto.

–Pero Conner y Mamá Gansa también utilizaron el portal y nunca quedaron atascados en él.

–¡Exacto! –dijo ella, olvidándose de susurrar–. Entonces ¿qué diferencia a Mamá Gansa y a Conner de la Grande Armée?

Emmerich respondió al azar.

–¿No son franceses?

–No –replicó Bree–. ¡Pudieron cruzar el portal sin problemas porque tenían magia en la sangre! *¡Lo que significa que tú y yo también debemos poseerla!* ¡Es la única explicación posible!

Emmerich abrió la boca de par en par. No entendía cómo aquello podía ser cierto, pero quería creer que lo era con cada fibra de su ser.

–Allí es donde mi teoría se torna un poco complicada –prosiguió Bree–. Si recuerdo correctamente, Mamá Gansa le transfirió un poco de su sangre a Wilhelm Grimm para que él pudiera tocar la flauta de pan y así atrapar a la Grande Armée dentro del portal...

–¿Debería estar tomando notas? –preguntó Emmerich.

Bree continuó mientras él buscaba papel y un bolígrafo.

–Tú y yo tenemos linaje alemán –explicó ella–. ¡Lo que significa que quizás somos *descendientes de Wilhelm Grimm!*

Emmerich dio un grito ahogado.

–*Ach mein Gott* –exclamó él, y sus mejillas rosadas empalidecieron–. ¡Eso significaría que tú y yo somos parientes lejanos!

Bree sonreía de oreja a oreja: había esperado un largo tiempo para compartir su descubrimiento con otra persona.



-¿Quizás nosotros mismos seamos capaces de abrir un portal hacia el mundo de los cuentos de hadas!

Emmerich encendió el triturador de basura para poder chillar sin que su madre lo oyera.

-Pero ¿cómo podemos comprobarlo?

-Tendremos que rastrear nuestros árboles familiares -respondió ella-. Para mí será difícil, dado que mi castigo prohíbe casi todas las actividades bajo el sol y no puedo explicarles a mis padres por qué estoy repentinamente interesada en nuestros antepasados... Pero ¡tenemos que intentarlo!

Una campana sonó del lado telefónico de Bree.

-Debo irme -dijo ella-. Ya estoy llegando tarde a mi próxima clase. Te llamaré de nuevo después de investigar un poco acerca de mi familia. Tú también intenta averiguar lo que puedas acerca de la tuya.

-¡Lo haré! ¡*Viel Glück!* ¡Significa *buena suerte* en alemán!

-Lo sé -dijo ella-. ¡*Viel Glück* para ti también!

Bree colgó el teléfono y suspiró, aliviada. Sentía que se había quitado una tonelada de ladrillos de los hombros ahora que por fin había hablado con Emmerich, pero la adrenalina reemplazó el peso. Bree y Emmerich estaban a punto de hacer el mayor descubrimiento de sus jóvenes vidas.

Bree se levantó de la cubeta sobre la que había estado sentada y salió del pequeño armario del conserje. Cuando abrió la puerta, la abordaron cuatro chicas con las que tenía la desgracia de compartir curso.

-El armario es un lugar extraño para hacer una llamada, ¿no lo crees? -preguntó Mindy alzando una ceja con prejuicio.

Mindy, Cindy, Lindy y Wendy, las cuatro chicas del club de lectura llamado las Abrazalibros, estaban en fila en el pasillo



esperando a que Bree saliera. Intentó abrirse paso entre ellas, pero el grupo le bloqueó el camino para evitar que saliera del armario.

–Me han estado siguiendo durante meses –dijo Bree, poniendo los ojos en blanco y agonizando–. Tienen que detenerse... ¡Están empezando a asustarme!

–¿Con quién hablabas, Bree? –preguntó Cindy. Su voz siempre vibraba levemente debido a su boca llena de frenillos metálicos.

–Eso no es asunto suyo –replicó ella, e intentó abrirse paso de nuevo.

–De hecho, lo es –dijo Lindy, cerniéndose sobre ella como si fuera una farola–. La directora Peters nos ha nombrado *monitores de pasillo* este semestre: todo lo que sucede fuera de clase durante el horario escolar es asunto nuestro.

Wendy, que siempre había sido conocida por no emitir sonido alguno, se cruzó de brazos y asintió.

Bree cerró los ojos fuerte, intentando no ponerlos en blanco otra vez.

–No sé cómo se hacen tiempo para monitorear los pasillos entre el club de lectura y *el acoso constante hacia mí* –dijo Bree.

–Ya no dirigimos el club de lectura –replicó Mindy. Empujó hacia atrás sus coletas características, como si el grupo hubiera sido ascendido a algo mucho más importante.

–Decidimos tomarnos un descanso de los libros y enfocar nuestra energía en otra pasión –prosiguió Cindy–. Así que creamos un club completamente nuevo.

–*¡El club Conspiracionista!* –Lindy estaba feliz de compartirlo–. ¡Ahora nuestro pasatiempo de rastrear eventos sospechosos puede ser una actividad extracurricular!



Bree emitió un suspiro largo y tortuoso. No importaba cómo se llamaran a sí mismas: siempre serían las Abrazalibros para ella.

–Por milésima vez, Alex y Conner se transfirieron a una escuela en Vermont –dijo ella–. Ni los alienígenas los abdujeron, ni Pie Grande los secuestró, ni una planta come hombres los devoró, ni ninguna de esas obsesiones que tienen.

Mindy miró con rapidez a las otras.

–¿Una planta come hombres? Mmm... Nunca pensamos en eso...

–¡Lo que estoy intentando decirles es que están totalmente bien! ¡Ustedes cuatro necesitan conseguirse una vida! –dijo Bree.

–¿Cómo es posible que todas las personas con quienes hablamos nos dicen lo mismo? –preguntó Cindy–. La señora Peters, el supervisor del distrito escolar, la policía, nuestros padres... ¡Todos dicen que necesitamos encontrar algo mejor en lo que invertir el tiempo! ¿Cómo es posible que seamos las únicas que notan que algo extraño está sucediendo?

Si no hubieran estado enloqueciéndola desde hacía meses, Bree se habría sentido mal por mentirlas. Estaban tan obsesionadas con los mellizos Bailey que ocultarles información era como esconderles juguetes masticables a un grupo de cachorros a los que les comenzaban a crecer los colmillos.

–Bueno, esto ha sido divertido, pero llegó tarde a clase –dijo Bree y por fin se abrió paso entre ellas.

–No puedes ir a tu salón sin un pase –replicó Lindy y las cuatro compartieron una sonrisa maliciosa.

–Entonces escribe uno y dámelo –respondió Bree, pero sabía por la expresión santurrón de las cuatro que no sería tan sencillo conseguirlo.



–Bree, Bree, Bree –dijo Mindy mientras movía la cabeza de un lado a otro–. Te conocemos desde el kínder. Eres como una hermana para nosotras.

–No quiero ser su hermana.

–Así que te propondremos un trato –prosiguió Mindy–. Te haremos un favor y no le diremos a la señora Peters que te encontramos hablando con tu teléfono celular en el armario si tú simplemente nos dices dónde están Alex y Conner. Fácil y sencillo.

–Pero no pueden probar que estaba hablando por teléfono –replicó Bree–. No tienen evidencia.

Mindy inclinó la cabeza hacia las otras tres: ninguna de ellas había pensado en eso.

–Tengo una contraoferta que hacerles –dijo Bree–. Si me escriben un pase que justifique por qué llegué tarde a clase les diré dónde están realmente Alex y Conner.

Las Abrazalibros estaban atónitas ante su disposición.

–¿De verdad? –preguntó Mindy.

–¡Claro que sí! –exclamó Cindy.

–¡Sí, enseguida lo haremos! –dijo Lindy.

Wendy asintió con tanta rapidez que por poco se lastimó un músculo.

Las cuatro extrajeron sus anotadores y le escribieron un pase a Bree. Mindy fue la más rápida en terminarlo y se lo entregó. Bree revisó el pase y después se encogió de hombros.

–Genial, gracias, chicas –dijo y volteó para marcharse.

–¡Espera! ¡Tienes que decirnos dónde están! –exclamó Mindy.

Las Abrazalibros se movían tanto por el entusiasmo que parecían a punto de mojar sus pantalones.



–Ah, no se lo diré *hoy* –explicó Bree–. Eso no era parte de nuestro acuerdo, pero lo haré en algún momento. Si formarán parte de un club conspiracionista, deberían prestar más atención a los detalles.

Bree avanzó por el pasillo hacia la clase. Las Abrazalibros parecían una jauría de jabalíes salvajes a punto de atacarla.

–No se preocupen, chicas –dijo Mindy para tranquilizar a sus amigas–. Esto no ha terminado. Aunque sea lo último que hagamos, *descubriremos* lo que les sucedió realmente a los hermanos Bailey.

